

100 años de Cortázar

Cortázar en los Pirineos

Mauricio Lombardi

A nuestro amigo José María

A los 27 años partí rumbo a Barcelona para cursar una maestría de Literatura. Era el 2010 y si alguien me hubiese dicho entonces que la tesis que presentaría después de un año y medio de trabajo trataría sobre la obra de Julio Cortázar, probablemente me hubiese sentido profundamente desanimado. Desde mis primeras aventuras como lector, Julio, a quien me atrevo a tutear, había sido mi oráculo literario. Pero el peso de lo que entonces consideraba su influencia comenzaba a sofocarme y yo partía para hacer nuevos amigos, no para encontrarme con los de toda la vida.

Una vez allá, afortunadas circunstancias me hicieron volver al argentino, que pasó por alto mi desdén anterior y me acompañó durante meses en las maravillosas bibliotecas de la ciudad condal, a lo largo de una investigación en la que creo que llegué a conocerlo más y mejor. Pero con los plazos de entrega del trabajo acercándose peligrosamente, cierta indisciplina generosa y las distracciones propias de la ciudad me obligaron a alejarme de Barcelona. Para poder terminar la tesis alquilé una cabaña en Borredà, un pequeñísimo pueblo de los Pirineos con apenas un centenar de habitantes; la mitad de ellos mayor de sesenta, en edad de retiro; la otra mitad menor de dieciocho. Y es que nadie con juventud, licencia de conducir y la escuela terminada parecía querer quedarse en ese pueblo, tan tranquilo y anodino que a mí me cautivó desde el principio.

Cualquiera que haya pasado por el trámite de cargar dos maletas llenas de libros a lo largo de una calle empinada será más cauteloso al hablar mal de los *e-books* y de las amenazas que estos representan al fetiche del libro. Finalizada la mudanza, casi desde cualquier rincón de la cabaña asomaba una portada con un retrato de Julio, una carica-

tura de su cara gatuna y de niño, rayuelas y *graffiti*. Los tres meses que pasé allí estuve siempre acompañado por él, que me miraba a veces pidiéndome presteza, a veces dando consejo, a veces calmándome los nervios.

Recuerdo haber escrito con especial cariño un centenar de páginas que se volvieron una tesis respetable. Acepto que soy pelicularo, y la idea de forzar la soledad para escribir, —en plan Jack Torrance de *The Shining*— me llamaba mucho la atención. Afortunadamente no sucumbí a la llamada “fiebre de la cabaña”, y las pocas nevadas que trajeron los vientos siberianos que anunciaban las radios catalanas me llenaron de alegría.

Un grupo de amigos, quizá preocupados por mi salud mental, quizá tentados por los paisajes maravillosos que describía, me visitaron durante un par de días durante la Navidad del 2011. Para divertirlos, y no por necesitar la compañía, creé un pequeño hombre con las ramas sobrantes de la leña que recogía cada tantas mañanas. Lo llamé Walter, Walter Ego, y hacía las partes de Wilson en *El naufrago*. Tras varias semanas de compañía (en las que juro que nunca lo escuché decir ni pío), Walter desapareció en la chimenea, con el

fuego de la última noche que pasé en aquel silencioso paraíso sin internet ni televisión, pero con Julio y sus enigmas.

Han pasado casi tres años desde que escribí esas páginas y, releyéndolas, vuelvo a sentir el crepitar de las ramas que el fuego consumía por la noche; vuelvo a ver los rayos de la luna colándose entre los pinos. Inicialmente recoger la leña era un trabajo penoso y arduo. Podía comprarse madera, claro, pero ¿qué clase de naufrago hubiera sido? Además, los euros no crecen de los árboles, ni siquiera de los preciosos abetos del Pirineo catalán. Con el tiempo me volví un experto en recolectar troncos óptimos, internándome en el bosque con audífonos y una compilación del jazz que Julio menciona en sus libros. Extraña combinación, la del saxo y el musgo.

Por esas coincidencias tan de Julio, José María, el dueño del único bar del pueblo, era un segoviano que también se consideraba gran amigo del Cronopio. Confieso que con algo de pedantería pensé que sería una pérdida de tiempo explicarle a aquel curioso pueblerino el porqué de mi visita a Borredà, explicarle que quería escribir sobre un autor argentino muerto hace ya mucho.

Grata fue mi sorpresa, y creo que la suya también, cuando al hablarle de Julio nos enfrascamos en la primera de muchas conversaciones sobre la obra de nuestro común amigo. Cortázar y sus hilos mágicos seguían trazando líneas inimaginables, tan lejos de

las calles de París y de cualquier ciudad del mundo. José María me invitó varias cervezas e incluso me facilitó valiosa bibliografía, y con él (y un puñado más de viejos catalanísimos) pude ver, en la televisión del Gat Blau, los partidos del mejor Barça de la historia. “Él era belga, no argentino, a mí que no me vengán con accidentes” decía José María a veces en español y a veces en catalán. Salvo por Messi y por “el belga”, José María no les tenía mucha paciencia a los argentinos.

Escribo esto porque sé que, por ahora, no podré mantener mi promesa de regresar a Borredà a escribir más sobre Cortázar; porque me enteré de que José María falleció recientemente y nunca cumplí con mandarle la tesis que escribí entre las pausas de nuestras charlas; porque se cumplen treinta años de la muerte de Julio y cien años de su nacimiento. Escribo para recordar. Pero a pesar de lo redondo de los números y las coincidencias, para mí hay algo que no cuadra. Aunque me faltó muy poco para llegar a compartir este mundo con Julio Cortázar, siento que he compartido con él una de las mejores etapas de mi vida, y me cuesta sentirlo ausente. Gracias a su lectura, gracias a sus cuentos, a sus novelas, a sus poemas; soy un convencido de que Julio todavía está entre nosotros, compartiendo una cerveza con mi amigo José María y discutiendo quizá de literatura, quizá de fútbol. Aunque me cueste poner el dedo en ese espacio tan evasivo en el que Julio habita, sé que él está en ese Ahí pero dónde, cómo; sé que Julio es alguien que anda por ahí.